

Crónicas
de
la Era
Lunar

CUENTO CHINO

Por PABLO DE LA HIGUERA

Hoy voy a contarles un cuento chino. Erase una vez un terrible país dirigido por un terrible señor y poblado por muchos millones de terribles hombres pequeñitos. El terrible país era tan peligroso que se dio al peligro el nombre de una terrible enfermedad: el peligro amarillo, como el del cólera, pues ese terrible color era, a la sazón, el color de los terribles hombres pequeñitos. La terribilidad de la cosa era tal, que al terrible país le estaba vedada la entrada en las organizaciones pacíficas del mundo. De un mundo que, por lo demás, era una balsa de aceite...

Este es el cuento chino que los cuentistas profesionales suelen contar con ejemplar regularidad a los niños occidentales, y que les han vuelto a contar con motivo del lanzamiento del terrible satélite chino. Como se sabe, se trata de un satélite muy malo, que da vueltas a la Tierra con los dientes muy apretados y musitando una aviesa canción. Además —y esto es lo más grave— es un satélite-Urtain, un satélite de peso pesado, lo que hace suponer que para empujarlo ha sido necesario un cohete bastante respetable; "ergo", los terribles hombres pequeñitos van a disponer pronto de misiles capaces de alcanzar con sus cabezas atómicas todos los puntos del globo; "ergo" otra vez, la humanidad, tan buenecita y pacífica ella, está en peligro. En peligro amarillo.

Los niños occidentales, ante tan terrorífico relato, se asustan muchísimo. Pero después, puestos a pensar y a leer los periódicos, los niños occidentales, que están deshabilitando

se mucho últimamente, se sumen en profundas cavilaciones. Vamos a ver —se preguntan los niños occidentales—: ¿Son los chinos los que andan, hoy por hoy, haciendo la guerra por el mundo adelante? ¿Se ha descubierto algún resto antropológico de soldado chino en esa guerra que tienen tan cerca de casa? Esa muerte que flota sobre el río, ¿es obra suya? ¿Son ellos los que están arrasando las cosechas de otros países con armas prohibidas? ¿Ha informado algún periodista de que estén torturando a sus hermanos en su propio país? ¿Están enviando tanques o cuerpos expedicionarios por el mundo adelante para imponer su peculiarísima idea de la libertad y la justicia social? ¿Son armas chinas las que alimentan el polvorín del Oriente Medio? ¿Quién no cumple la Carta de las Naciones Unidas: ellos o las Naciones Unidas? ¿Es su jefe realmente tan terrible, aparte de tener en su haber algunas cosas imperdonables, tales como haber hecho versos y haber organizado a un pueblo hambriento de setecientos millones de ciudadanos de forma que todos, por fin, pudieran comer?...

Los niños occidentales, tras formularse estas preguntas, se quedan un poco perplejos. Por más esfuerzos que hacen, el terrible peligro amarillo no acaba de asustarles del todo, y casi se asustan más de otros peligros, no tan lejanos y no precisamente amarillos. Muchos, incluso, empiezan a sospechar si no les estarán dando ogra por chino y si el cuento chino ese que les cuentan no será, efectivamente, un cuento chino.

Nuestro tiempo IDEOLOGIA Y SENTIMENTOLOGIA

Se supone que a un hombre lo define, en grado fundamental, su ideología. Se lucha y se mata en nombre de las ideas. Las policías políticas, en todos los países, elaboran extensos ficheros con los enemigos de los regímenes. La misión del «censor» consiste, ante todo, en ver las palabras al trasluz para ir descubriendo sus contenidos ideológicos.

Paralelamente, los sentimientos han dejado de ser tenidos en cuenta. La literatura católica ha hecho un tal derroche de «buenos sentimientos», y esta calificación ha llegado a ofrecer tales contradicciones con el comportamiento social de muchas personas beneficiadas por ella, que el concepto ha quedado, socialmente, un tanto invalidado. Los sentimientos pertenecerían al mundo privado, sin proyección sobre la realidad sociopolítica. El «sentimentalismo» sería un canon individualista, una coartada de los comportamientos asociales.

Ultimamente, la «valoración» social de las ideas ha sufrido también una importante rebaja. Cada hombre se mueve en una determinada situación y, en definitiva, al gobernante lo que le importa es dominar los resortes socioeconómicos de esa situación, convencido de que así podrá manipular, «abrir» o «cerrar», las expresiones ideológicas predeterminando su eficacia política. En cierto modo, las ideologías, contempladas desde esta óptica, son puros sentimientos, puras participaciones sentimentales en unas ideas, que operan más hacia dentro del individuo que sobre la sociedad.

Parece absolutamente necesario volver a preguntarnos sobre todos estos elementos y su verdadera función renovadora. Generalmente, se nos ha olvidado que cada civilización tiene su propia historia sentimental, y que toda ideología perfectamente asumida tiene un correlativo comportamiento emocional.

Esto parece una perogrullada. Pero quizá no lo sea tanto si volvemos a reconsiderar por un momento la tradicional escisión entre ideas y sentimientos. A Brecht, por ejemplo, se le ha calificado de autor «no sentimental», de dramaturgo que se limitaba a mostrar la estructura so-

cial y a criticarla ideológicamente. Brecht habría explicado muchas veces en sus dramas que no es posible ser bueno en un mundo capitalista, de donde cabría deducir una condena de los sentimientos en tanto que inarmónicos con la realidad. Esta interpretación es, me parece, inaceptablemente simplista. Porque esta contradicción tendería más bien a mostrar: primero, el carácter humano de la estructura social y, segundo, la evidencia de que la «educación sentimental» del hombre en la sociedad capitalista comporta la aceptación de ese divorcio entre sus sentimientos y la realidad. Habría una crueldad objetiva e inevitable, y se nos enseñaría a considerar nuestros sentimientos como una ocasional corrección, como una clandestina escapada, como una sublime disposición para agudizar las contradicciones, oponiendo a la «maldad» del mundo nuestra «bondad» personal.

Para Brecht, el problema no estaría, pues, en «eliminar» los sentimientos o las pasiones, sino en introducirlos dentro de la visión total de la realidad y del hombre, ligándolos a esa «educación», que es, a su vez, la expresión de una ideología. Combatir una ideología y aceptar la educación sentimental subyacente sería un contrasentido; de ahí esta duda no ante el sentimiento, sino ante el sentimiento elaborado por las formas y sistemas de vida que se critican.

Leer que en Camboya han sido fusiladas varias docenas de personas, en su mayor parte mujeres y niños, en el patio de un colegio, para luego, en la página siguiente, compartir el enternecimiento del cronista ante el primer abrazo del recuperado astronauta y su esposa, es la expresión de esta aberrante «educación sentimental», a través de la cual, un tanto inconscientemente, una serie de personas ejercen y delimitan su verdadera proyección social. Una proyección infinitamente más profunda, aunque menos explicitada, que la propuesta a través de los conceptos ideológicos vertidos a lo largo del día. Quizá sea oportuno empezar a hablar, a la vez que de ideologías, de sentimentologías. ■ J. M.

Berlin Oeste WILHELM REICH, EN ACCION

Las autoridades alemanas de Berlín Oeste han clausurado el Instituto de Psicología de la Universidad Libre, situada en el sector americano de la ciudad, acusando a sus profesores de fomentar actos sexuales entre niños de ocho a catorce años y darles educación procomunista. La opinión pública se ha indignado especialmente de que no se hubiese solicitado para ello el permiso de los padres. Al parecer, la enseñanza se basaba en la práctica de las doctrinas de Wilhelm Reich, y uno de los profesores ha

explicado que se trata de «emancipar a los niños de las clases trabajadores de las influencias represivas de sus hogares explicándoles la explotación social y las compulsiones sexuales. Queremos ayudar a los niños a escapar de los complejos de culpabilidad y del sentimiento de aislamientos». Cuarenta y ocho grupos con estas doctrinas trabajan legalmente en Berlín Oeste y han pedido subvenciones al Estado para mantener sus instituciones. Estos centros están formados por los propios padres de los alumnos.